

de los salones parisinos y su problemática supervivencia para los defensores del modo girondino.

La vuelta sobre Kant cuestiona el papel que este le hace jugar a la mentira en su filosofía práctica. Pero no es la única referencia a la filosofía kantiana en el libro. El poeta Kleist y Tieck —editor de la obra de este— hacen unas lecturas de Kant distintas a la de Fichte, las cuales permiten explorar el potencial destructivo de un sujeto que cae en el abismo de su propia reflexión, o donde la locura comparece como un producto de la propia conciencia.

De otra parte, la educación del ciudadano es clave en el Siglo de las Luces. Lessing escribirá fábulas como instrumentos pedagógicos en esa tarea educativa. Las fábulas son un género literario muy querido por los ilustrados, pero obviamente están más allá del paradigma estrictamente racionalista. Será verdad entonces que “la Ilustración se dice y se dijo de muchas maneras” (p. 279). La Ilustración europea no se dice igual si es francesa o escocesa o alemana, tampoco si se la estudia en la expresión artística que en la literaria o en la conducta moral. Es preciso explorar en detalle y en una amplia variante de autores las distintas rutas que se abren en un acercamiento no uniforme. Este libro es una buena muestra de ello.

Raquel Lázaro. Universidad de Navarra  
rlazaro@unav.es

---

SPENGLER, OSWALD

*Man and Technics. A Contribution to a Philosophy of Life*. Editado por Michael Putnam y John B. Morgan. Traducido por Charles Francis Atkinson y Michael Putnam. Prefacio de Lars Holger Holm, Arktos Media, [s.l.], 2015, 80 pp.

El centenario de la publicación del primer tomo de *La decadencia de Occidente* (*Der Untergang des Abendlandes*, vol. 1, 1918) de Oswald Spengler ha propiciado un renovado interés por este autor y ofrece, asimismo, una buena ocasión para valorar su obra con la perspectiva que proporciona el tiempo. La traducción inglesa reseñada del

ensayo de Spengler *Der Mensch und die Technik* (originalmente publicado en Múnich, 1931) hace honor a este repunte del interés por el autor. Se trata de la versión inglesa publicada por Charles Francis Atkinson en 1932, revisada y depurada por Michael Putnam para esta nueva edición. Además, John B. Morgan y el mismo Putnam han agregado varias notas, algunas de ellas explicativas de las obras y autores aludidos por Spengler y otras que traducen los pasajes latinos. La versión va precedida de un prefacio de Lars Holger Holm que contextualiza *Der Mensch und die Technik* en el ambiente cultural de la Alemania de entreguerras, intentando mostrar la actualidad de la obra y su significación en la cultura contemporánea.

En *Der Mensch und die Technik*, Spengler desarrolla algunos aspectos tratados en *La decadencia de Occidente*, con mayor acento en la visión trágica y un pesimismo más declarado. El autor ofrece su interpretación de la historia universal a la luz del desarrollo técnico.

Por técnica, Spengler entiende la táctica de la vida. Para los animales, debido a la necesidad de afirmarse en su medio, la vida consiste en lucha. La técnica es, pues, la manera de manejarse en esta lucha. La diferencia más importante en la táctica de la vida es la que existe entre los depredadores y las presas. Pues bien: el hombre, por su constitución biológica, señala Spengler, es un depredador. Sus ojos, orientados hacia adelante, reducen su campo de visión en comparación con otros animales, pero, en cambio, le permiten captar la profundidad, enfocar un objeto —la presa—, medir la distancia que lo separa de él y prever las condiciones del ataque. Los ojos le proporcionan, pues, un fin, una meta. Por otra parte, la mano hace del hombre un animal inventivo que idea, fabrica y perfecciona sus herramientas. Así, al ojo, que domina teóricamente el mundo, se añade la mano, que lo domina prácticamente.

Tras el aislamiento individual —la soledad del animal rapaz— que caracteriza a las épocas más primitivas, surgen las empresas, actos verificados entre varios conforme a un plan, que presuponen el habla. El habla nace y se desarrolla, asegura Spengler, como instrumento para organizar empresas, ya que estas requieren la planeación y ejecución de una sucesión ordenada de actos y de

series de actividades realizadas paralelamente. La empresa implica un trabajo de dirección y un trabajo de ejecución: surge así la división de la sociedad en dirigentes y dirigidos. Por otra parte, las ventajas de la empresa —comercial, agrícola, marítima, militar— se consiguen a un costo: la antigua libertad del depredador, de la que gozaba el hombre en su primitivo aislamiento, es sacrificada a la organización.

Finalmente, entre las culturas superiores, explica Spengler, la cultura occidental exagera el aspecto rapaz del hombre —a los vikingos de sangre siguen los “vikingos del espíritu”—, desembocando en una visión en la que el mundo mismo es la presa. Para el hombre occidental —el hombre fáustico—, la ciencia no se detiene en la contemplación de la naturaleza, sino que aspira a dominarla, obligándola a trabajar para él. Además de aprovechar el trabajo de plantas y animales, el Occidente ha sacado partido de la fuerza de la naturaleza inorgánica, cumpliendo el sueño del *perpetuum mobile* de los pensadores medievales. El hombre ha creado así un mundo artificial, completamente dominado por él, que penetra en la naturaleza sustituyendo lo orgánico por la organización. En ello estriba la grandeza y la tragedia de la cultura fáustica.

Al cabo, la naturaleza, que comprende en su seno al hombre, siempre triunfa. Ya Spengler veía señales del inevitable final. La sofisticación de las máquinas anula el fin para el que fueron creadas. Merced a los avances en la industria automotriz, por ejemplo, hay tal masa de automóviles que se llega más rápido a los sitios a pie. Por otra parte, el distanciamiento entre dirigentes y dirigidos ha aumentado hasta hacerse quizá insalvable. El ejecutor resiente su relegación por la máquina y el escaso valor conferido a su trabajo. Finalmente, el Occidente ha sellado su final al transmitir su técnica a las colonias y la periferia, dilapidando sus antiguos privilegios. Ahora, observa Spengler, otros pueblos son capaces de producir lo mismo que Europa o Estados Unidos, a un costo menor. La industria de Occidente sucumbe a la competencia. Sin embargo, para las otras culturas, asegura Spengler, la técnica fáustica no es una necesidad interior, sino solo un instrumento útil en la venganza de los explotados contra sus antiguos señores. Al volverse la técnica ma-

quinista contra con el hombre fáustico que la produjo, acabará con él y hará que se olviden sus creaciones, sus artefactos, sus ciudades y rascacielos, como en otro tiempo fueron olvidados los monumentos egipcios. Al hombre occidental solo le queda asumir, con entereza y sin esperanza, su destino fatal.

Algunos críticos, como Benedetto Croce, han acusado a Spengler de determinismo, por negar el juego de la libertad humana en la historia. A reserva de ampliar este debate con un estudio renovado del autor, es claro que Spengler afirma, por lo menos, la posibilidad moral de enfrentar y asumir responsablemente el propio destino. Algunas de sus predicciones, por lo demás, han resultado bastante exactas. Considérense, por ejemplo, sus advertencias sobre la destrucción de los bosques, la extinción de especies y el cambio climático.

A pesar de la postura crítica ante la filosofía que Spengler profesa en este y otros escritos —al contemplar la que él percibe como esterilidad de la filosofía contemporánea—, su obra ofrece ricas vetas para la reflexión en temas de filosofía de la historia y filosofía de la cultura. Como botón de muestra, considérense sus reflexiones sobre el “pensar del ojo” y el “pensar de la mano”, así como su atribución del origen del lenguaje al proceso dialógico y al pensar de la mano, contrariamente a las suposiciones del romanticismo y el racionalismo de siglos anteriores.

En el ámbito social y político más amplio, los temas explorados en *Der Mensch und die Technik* quizá nunca tuvieron tanta relevancia como ahora. El triunfo, anteriormente indiscutido —y a veces asumido como definitivo—, de los regímenes liberales tras la caída del Telón de Acero ha sido puesto en entredicho, y el mundo occidental se enfrenta a retos nuevos, algunos no previstos aún hace pocos años —inmigración masiva, resurgimiento de movimientos políticos de corte populista, perspectivas de crisis demográficas y de desastre medioambiental...—. Entre las virtudes de Spengler, se encuentra su capacidad de incitar a la reflexión serena, valiente, sin triunfalismos engañosos ni ingenuidades. La traducción reseñada, que consigue bastante claridad y precisión, apela al público culto y no solo al especialista. Aun así, deseablemente contribuirá a la renovación del

interés académico por Spengler, abonando al debate en torno a las cuestiones que este autor plantea, en ocasiones, con notable lucidez.

Víctor Zorrilla. Universidad de Monterrey  
victorzorrillagarza@gmail.com

---

WEITHMAN, PAUL

*Rawls, Political Liberalism and Reasonable Faith*, Cambridge University Press, Cambridge, 2016, 255 pp.

Paul Weithman ha llevado a cabo una reconstrucción del pensamiento de John Rawls (1921-2002). Lo hace después de que Thomas Nagel en 2009 publicara de modo póstumo un manuscrito del año 1941-1942, junto a su tesis doctoral de ese mismo año, dos obras nunca publicada, pero que siempre conservó. Se trata de *A Brief Inquiry into the Meaning of Sin and Faith: An Interpretation based in Concept of Community. With "On my Religion"* (Harvard University Press). Además, mientras tanto, se habrían sucedido numerosos análisis críticos de sus propuestas desde planteamientos anarquistas, como sucedió en el caso de Nozick o Cohen; o simplemente neomarxistas, como las propuestas por Honneth, Habermas o Rainer Forst. Otros en cambio simplemente habrían criticado algunos aspectos de su teoría, como Freeman, Milgram, Singer, Brand o Hare; o, por el contrario, la habrían defendido, como Nagel, MacIntyre o Barry. Sin embargo se ha tratado en general de reconstrucciones y críticas parciales que han resaltado las propuestas de *Justicia como equidad* (1973) o de *Liberalismo político* (1992) o del opúsculo *Derecho de gentes* (1998), sin pretender localizar un hilo conductor que reconstruyera su trayectoria intelectual. En cualquier caso nadie niega que las propuestas de Rawls habrían vuelto a poner en actualidad el debate acerca del liberalismo político sobre el que ya todo parecía dicho.

Por su parte, Paul Weithman vuelve a las propuestas iniciales de Rawls, tratando de darle un sentido nuevo. Se trata así de mostrar como Rawls a través de las distintas etapas de su pensamiento habría